

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 20

Sevilla—Viernes 24 de Enero de 1902

AÑO XXVI

Pueblo, acuérdate de los traidores!

Los traidores no sólo son aquellos que, abdicando de su credo, y renegando de sus convicciones, inventaron para su uso y particular conveniencia, la famosa frase de la adjetividad de las formas, precisamente en el momento en que renegaban de los ideales democráticos, y se iban a cosechar los frutos del presupuesto, de la influencia y de los honores de la monarquía, que por su carácter es de índole permanente, y de naturaleza eterna y condición casi divina, que pugna abiertamente con la naturaleza de la democracia y con la soberanía del pueblo que tiene enfrente de aquel soberano que le tiraniza y hace imposibles el ejercicio de sus derechos y la práctica de las libertades, como condición inherente a la soberanía.

Desposeído de estos atributos, ni puede ser libre ni puede ser soberano; luego la fortuna es esencial, podemos decir que sustantiva, toda vez que en la monarquía radica la soberanía en el trono, y en la República democrática el pueblo es el señor, es el amo, es el árbitro, es el dueño de sus destinos, sin más limitaciones que las que establece el derecho de uno en armonía con los derechos de los demás, y en la reciprocidad de los deberes de todos.

Los que abandonaron el campo y se afiliaron al bando contrario, esos son traidores, porque han tratado de falsear el principio para traicionar la democracia, inventando la teoría de la adjetividad de las formas, embozándose en el supremo interés de la Patria, que no es más que la famosa hoja de parra con que tratan de cubrir la desnudez de su moral política.

La traición de los otros, de los que sembraron y recogieron todas las cosechas del abundante campo monárquico, aunque en distinta forma y por otros procedimientos, requieren también, con la invocación a un patriotismo que ni sienten ni nunca tuvieron los cariños, los amores de ese pueblo a quien desprecian, al que tienen en menos, al que consideran como un niño, como un incapacitado, como un compuesto de hombres que no tienen la consideración de personas en derecho, y sólo los estiman a manera de esclavos manumitidos que necesitan de tutor que administre sus bienes, y de capataz o fraile que les dirija y eduque.

Todos ellos son tus enemigos; todos ellos se han conjurado contra tí para exprimirte, alimentarse con tu sangre, enriquecerse con el producto de tu trabajo, tratándote como esclavo, sin más derechos que el de la vida, porque tu vida es preciosa para ellos.

La causa del régimen la encuentran hoy irremisiblemente perdida, porque todo está desquiciado; los partidos monárquicos desacreditados y disueltos, y la sociedad actual en peligrosa liquidación, porque los resortes morales se han hecho pedazos en fuerza de tanta demasia como se ha cometido, y como obligada consecuencia del botín repartido en que tu dignidad, tu honra y tu bolsa se han puesto a los pies del enemigo, al servicio del agiotista, y ha aumentado el capital de todos los monopolios en que los políticos sin conciencia han interesado su parte alcuota.

Maldice a todos y execra su nombre y su memoria, y en los momentos supremos en que proclames tu soberanía y ejercites ese derecho sacrosanto de los pueblos oprimidos y de los pueblos expoliados, acuérdate de todos los traidores, y hazle la justicia cumplida que merece el tirano, el opresor y el usurpador de haciendas, de bienes y de derechos.

No les purifiques; cíeriales el paso y condénales a silencio perpétuo, de modo que ni puedan hablar ni obrar para extinguir la raza y dar enseñanza a sus discípulos.

A. A.

Nota del día

Cuando esta mañana zarpó del puerto de Sevilla el vaporcito que conducía al señor ministro de Obras Públicas para que inspeccionara las obras hechas en el río Guadalquivir, no lucía el sol de costumbre; quiero decir, ese sol sevillano que todo lo alegra y embellece, hasta la misma tristeza, que, con luz, es menos triste.

Por esa inesperada circunstancia, el viaje, con ser agradable y poético en sumo grado, no lo habrá sido tanto como para que el señor ministro lleve hacia Madrid uno de esos recuerdos imborrables.

El señor ingeniero de las obras de nuestro puerto habrá impuesto al señor Villanueva de las reformas ejecutadas y de las que están por ejecutar. Y lo habrá hecho bien, y con elocuencia, porque el señor Molini sabe lo que trae entre manos, como probado lo tiene.

Pero... los otros señores, las acompañantes del señor ministro, navieros, propietarios, labradores, representación genuina—como ahora se dice—de las fuerzas vivas de nuestro país, no le habrán contado nada.

Cuando el Sr. Villanueva haya dicho, al ver el hermoso cauce del Guadalquivir:—¡Este es un río de oro!—no le habrán contestado los navieros:—Sí, señor: un río de oro para nosotros. Nuestros barcos, abarrotados de mercancías, llegan al puerto, rindiendo miles de pesetas por singladura. Dentro de ellos, navegan unos infelices parias, quienes, para poder mantener sus familias, se ven precisados a comer peor, mucho peor, que los esclavos de América. Se pasan las noches sin dormir, y cuando al día siguiente, se entra en puerto... a trabajar. ¡No hay que perder un día! Nuestro balance anual no falla: tantos miles de pesetas al mes, y tantos a los doce meses. Antiguamente, la marinería era andaluza, pero ya sabe usted que los andaluces no son buenos burros de carga, y no se amoldan pasivamente a vivir en la miseria, y tuvimos que recolectar pingajos sociales de esa carnaza que dan los puertos de Galicia, en donde, el día que comen pan de trigo, se arrodillan dando gracias a Dios... Para nosotros, no lo dude el señor Ministro, este río es un río de oro.

Así debertan hablarle los navieros; pero... ¡quial!

Quedaremos en eso: en que el río de oro es para aquellos que tienen el oro en sus arcas.

Los labradores, al señalarle al Sr. Villanueva las encantadoras riberas del Guadalquivir, deberían también decirle:

—De esas extensas y verdosas llanuras sacamos nosotros los hermosos brillantes que adornan el tocado de nuestras mujeres. Sembramos aquello que queremos ó podemos, y lo demás lo dejamos sin sembrar para que la tierra descansa; porque la tierra no es como el hombre: éste tiene que trabajar diariamente; la tierra necesita un año de barbecho... Yo no sé a punto fijo hasta dónde llega mi propiedad, porque jamás la he visitado; pero... todo eso debe de ser mío.

Nada de esto oír al señor Ministro. No oír más que... —¡Este es un río de oro!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Hoy tengo que ocuparme en los festejos y comilonas de ayer.

Peró... antes de entrar en materia y de meterme en este ridículo barrizal, habré de protestar de las tonterías que dice la prensa, la que, creyendo que por encubrir la verdad va a vender más números, no cesa de tocar el bombo, adulterando los hechos.

Es falso, falso, falso, que el pueblo de Sevilla se haya percatado siquiera que la visita el ministro de Obras Públicas. Dicho señor, si es hombre sincero, lo habrá comprendido así desde que se apeó del tren, al que acudieron exclusivamente los elementos oficiales y quinientos curiosos: el público que le hace coro a todos los sacamuelas.

Y no es porque el Sr. Villanueva lo merezca ó no lo merezca, nó; es porque el público sevillano está en el secreto, y sabe que las obras comenzadas son una mogigangama, porque con cincuenta mil pesetas, que son las presupuestadas, no hay para comenzar. Todo esto aparte de que los mismos que hacen coro y aplauden, son los primeros en reconocer que el proyecto de defensa contra las arriadas del Guadalquivir,

tal y como lo tienen explicado y estudiado, es una solemne paparrucha, que no es posible que llegue a realizarse, so pena de que los mismos sevillanos, con sus autoridades a la cabeza, lo destruyan.

Sentado esto como preliminar, y haciendo saber al público que ayer, cuando en los balcones del Ayuntamiento se descubrió el retrato del Rey y el síndico de la casa se desgañaba diciendo ¡viva! nadie contestó y se marchó avergonzado, monárquicamente hablando, sentado todo esto, vamos a comenzar a dar cuenta de lo sucedido.

Comenzaremos por darle la enhorabuena a *El Noticiero Sevillano* por la lámina zincográfica con que se descolgó ayer dándonos a conocer el plano en que se basan las obras de defensa.

¡Qué pulcritud! ¡Qué perfiles! ¡Qué copiosidad de detalles!

Allí se ven los arroyos Tagarete y Tamarguillo, arrastrando en sus respectivos cauces los gatos y perros muertos, y hasta se percibe el mal olor.

¡Qué manera de tirar la casa por la ventana, y qué modo de ganárselas a sus colegas *El Liberal* (25.000 ejemplares) y *La Iberia* (30.510'2 ejemplares)!

Quede, pues, consignado que D. Francisco Mencheta para algo ha venido a Sevilla, y su presencia habla de proporcionar a los sevillanos algún bien económico. ¡Quién, por cinco céntimos, no lleva en la cartera el Tagarete y el Tamarguillo?

Llegó el señor ministro de Obras públicas; diéronle la bienvenida las autoridades; aplaudieron los alcaldes de los pueblos y los concejales de la sección 27 de Sevilla, esos señores que han tenido la habilidad de que los votara uno que está cumpliendo condena en el presidio de Cartagena y siete muertos vistos, y el señor Villanueva se va hacia la Catedral, en la que no hubo *Te Deum* ni gongori, como había dicho *El Noticiero*, porque el señor Alcalde de Sevilla se hizo el sueco, como diciendo:

—Si queréis cantar por vuestra cuenta, cantarlo; pero yo... no digo una palabra.

Y como los canónigos conocieron la intención, y presumieron que no había pecunia; se callaron como canónigos que no cobran, y el señor Ministro fué recibido al son de los pasos de los curiosos que le siguieron.

Allí, como es consiguiente, lo distrajeron un rato enseñándole las alhajas y las riquezas que se atesoran en la Basílica—(las que han quedado de las muchas que había)—y allí creo que el señor Alarcón hubo de decirle:

—No le enseñamos a V. E. los restos de Cristóbal Colón, porque aquí no ha llegado más que una oreja del ilustre navegante, para cuya oreja el Ayuntamiento Sevilla va a costear un mausoleo.

Y como significara el señor Ministro sus deseos por ver el cuerpo del rey San Fernando—(el zapatero de la Borgeguineta)—allá lo condujeron a la Capilla real en donde se encuentra.

Al entrar en dicha capilla fué agasajado con... agua bendita por el Sr. Arbol, y el Sr. Villanueva subió al altar en el que se encuentra la urna con el cadáver del zapatero, digo, del rey San Fernando, incorrupto.

No se sabe lo que el Sr. Villanueva dijo al rey, ni lo que el rey dijo al Sr. Villanueva... pero sí se sabe que el señor ministro significó que ya era hora de almorzar, y enseguida se fueron, no sin antes saludar a *D. Virtuoso*, que estaba orando en el altar mayor, pidiéndole a Jesucristo que le perdone el haberse apoderado del edificio llamado Seminario, propiedad del Estado, y haberlo vendido sin la voluntad de su dueño.

Su rostro tranquilo, su actitud seráfica, resplandecían a las claras que Jesús le había dicho:

—Haz hecho muy bien, hijo mío. Y en cuanto tengas a manos el copón, lo vende también.

Y llegó la hora del banquete en el Ayuntamiento.

Varios conspicuos de la alta y baja política estuvieron desde por la mañana dando saltos y brincos por el paseo de las Delicias, haciendo ganas de tragar.

Comenzaron a servir los platos, siendo preferidos entre todos el *Paté de Foies-gras et Jambon* y el *Merlan Mayonnaise*, de los que algunos repitieron con mala intención y alevosía.

Destapóse el *Champagne* y comenzaron los brindis obligados, que eran dos: uno por el señor Alcalde, y otro por el ministro.

EL SR. ALCALDE

Señores: Yo, que soy un hombre pasivo, que por nada me emocio, confieso que estoy emocionado; no precisamente porque lo esté, sino porque, emocionándome, la emoción me sirve de argumento para este brindis.

En primer lugar, saludo al señor Villanueva, a quien ya he saludado al bajarse del tren, y van dos saludos con este.

En segundo lugar os digo: Que las obras que hoy en Sevilla se van a inaugurar demuestran a

las claras que el nuevo reinado de Alfonso trece será una nueva era de desarrollo y prosperidad para la nación; porque el Tagarete y el Tamarguillo se relacionan con el nuevo reinado y se componen de tal modo, como la seda de Lyon y el vinagre de Villanueva. (*Aplausos terribles*.)

Debo de dejar consignado que todos estos beneficios se lo debemos a la virtud de la virtuosísima señora que regentea el trono. Si no fuera por ella, y por su virtud, ni el Tagarete ni el Tamarguillo se hubieran meneado de donde están.

Así, pues, propongo que elevemos un mensaje al trono dándole gracias por los inmensos bienes que nos han caído encima.

EL SR. VILLANUEVA

Señores: Dice el señor Alcalde de Sevilla que está emocionado... ¡Emoción, la mía, que he tenido que meterme en la boca un pico de rosca para no llorar!...

Yo quiero a Sevilla porque en Sevilla nací, y en ella reposan los restos de la mujer que más amé. (*Aplausos míos para el ministro, porque me figuro quién fue.*) Yo he de hacer por Sevilla, en los diez ó doce días que me quedan de ocupar el ministerio, todo lo que pueda, para demostrarle que la amo de verdad.

El Sr. Alcalde ha dicho que todos estos bienes que han llovido sobre Sevilla se le deben a la augusta señora que ocupa el trono; y yo he de añadir que es tan grande y tan profunda su satisfacción que, cuando llevó el proyecto a su firma, dicha señora se sonrió...

¡Qué prueba más elocuente de la vista que yo tengo y del amor que las instituciones sienten por Sevilla, en la que poseen más de cien fincas alquiladas, que están exentas de pagar contribución para que dichas instituciones aumenten sus copiosas rentas! ¡Qué más prueba! (*Aplausos.*—*Los convidados que tienen fincas no aplauden.*)

En el momento ansiado que los arroyos Tamarguillo y Tagarete duermen juntos en un mismo cauce, ese río Guadalquivir, que el Sr. Supremo tuvo el buen acuerdo de colocarlo junto a esta gran ciudad, será un río de oro... ¡Ustedes saben lo que es un río! Ustedes no lo saben. Quien le sabe soy yo, y por eso soy ministro de aguas públicas, digo, de Obras públicas.

Además, hijos de Sevilla... (*Todos los convidados se miran unos a otros porque, entre los 160, apenas hay media docena de sevillanos.*) no desmayéis, (*Y se habían tragado siete platos!*) que ese río os traerá una fortuna desde el momento que nosotros hemos aprobado en el Congreso y en el Senado el ferrocarril de Cala, que os deja a vosotros con un palmo de narices, hacen un gran negocio varios señores que me están escuchando, y se llevan el movimiento de mercancías fuera de la población. Si todos los sevillanos obraran con el mismo desinterés que los sevillanos a quienes me refiero, y que ya he dicho me están escuchando, los vecinos de Sevilla no tendrían ni camisa que ponerse. (*Aprobación.*)

Y... para concluir; os ruego, que os preparéis a contestar a los vivos siguientes:

—¡Viva el Rey!

—¡Vivaaaa!

—¡Viva la Reina!

—¡Vivaaaa!

Un sevillano de corazón.—(A Sevilla que la parta un rayo.)

Desde el Ayuntamiento se dirigieron los comensales al sitio llamado *Ranilla*, nombre apropiadísimo para que pase a la historia junto con el acta de haberse inaugurado las obras de defensa, no contra el Guadalquivir (río), sino contra el Tamarguillo y Tagarete (arroyos).

Apenas llegaron el ministro y los acompañantes, la brisa rumorosa y templada llevó a las narices de todos los asistentes una peste a virtud que tiraba de espaldas.

Enseguida dijeron todos:

—¡Se acerca el arzobispo!

Efectivamente; a lo lejos se divisaba la *Au-milidísima* carreta, de la que tiraban dos hermosas mulas católicas, levantando gran polvareda por el camino.

Un nimbo de fuego parecía servirle de aureola gloriosa al santo varón, que llegaba para bendecir a *Ranilla*, demostrando que aquí ni los peones camineros pueden sacar tierra de un arrecife sin permiso de la Iglesia.

Revestido su eminencia reverendísima de los adnículos necesarios, echó las bendiciones de rúbrica y... enseguida pidió la palabra.

—La tiene su reverendísima—contestó el Alcalde.

EL SR. ARZOBISPO

Ilustres señores: Antes de salir de mi humil-dísimo palacio, me acordé de que tenía en mi carpeta una bendición del cielo algo atrasadilla, pero no por eso menos de agradecer, y la he traído, y la he arrojado sobre *Ranilla*. Os advierto, pues, que estas obras tienen ya la bendición del cielo, porque yo lo digo.

Estas obras, señores, están inspiradas en las encíclicas de nuestro Santo Padre el Papa, por

que el Papa, no sólo se ocupa en pedir dinero a la cristiandad, sino que me ha preguntado varias veces por la salud del Tagarete y del Tamarguillo, que ha constituido su pesadilla. El Santo Padre estará hoy lleno de gozo cuando llegue a su conocimiento que al fin el Tamargallo y el Tagarete (*Este señor siempre dice multitud de disparates cuando habla en público. A Santaella, en la Universidad, le llamó Santaotalla, y se quedó tan... Arzobispo.*) se van a unir en estrecho abrazo, como debe de estarlo toda la cristiandad, sumisa y esclava de la Iglesia nuestra madre, que es la dueña de todo, hasta del edificio del Seminario que yo he vendido... (*El ministro y el Alcalde se miran sonriendo.*) Yo no soy hijo de Sevilla... pero como si lo fuera, porque en ella he cobrado mis mayores momios. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

EL SR. VILLANUEVA

Señores: Como, según el señor Arzobispo, estas obras tienen ya la bendición del cielo, para qué quieren más? En el nombre de la reina Regente, de Sagasta y en el mío, las declaro inauguradas, Amén.

EL SR. HECTOR

Caballeros: Como *D. Virtuoso* nos ha dicho que está el cielo de por medio, todos estamos aquí de más. El pregonero del Ayuntamiento, el ilustre Sr. *Pepitilla*, dará los vivas de ordenanza, y nos marcharemos a firmar.

Pepitilla.—¡Viva mi amo! ¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva mi vara de teniente de alcalde! Y allí quedó el señor de *Pepitilla* ejerciendo su oficio de pregonero, en tanto las autoridades se marcharon a firmar el acta.

Al comenzar a firmar, el señor Ministro observó que no había tinta.

(Histórico.)

Y aquí sí que cuadra eso de *Tableau!*

CARRASQUILLA.

El servicio militar obligatorio

Lo repito: España semeja a Quiquendona. Brota en la mente popular un deseo justo y equitativo, y las muchedumbres se agitan durante unos días, pocos, por desgracia; la nube se condensa, y cuando parece que la tormenta se va a desencadenar y a formarse la tromba que destruya lo viejo y anacrónico, una simple promesa desvanece entusiasmos y deseos, y el ciclón queda reducido a feble y blanda brisa.

Cuando el pueblo español se dió cuenta de que cerca de doscientos mil peles, hijos suyos, habían muerto en Cuba y Filipinas, después de haber sido tratados como cerdos en los barcos de la jesuita y real Trasatlántica, pensó, y pensó bien, que los pobretes aquellos habían muerto defendiendo los intereses de los caballetes que aquí quedaban refocilándose en paseos y salones, en casinos y balnearios, en teatros y plazas de toros, dándoseles una higa de los imbéciles que mordían la tierra con los intestinos al aire, con las piernas rotas o los brazos cortados, y otra higa del honor de la patria y de la patria misma, y gritó, exigió, pidió que a la guerra fuesen lo mismo los hijos de los ricos que los de los pobres; y primero los de aquéllos, porque de ellos es la tierra: las minas, el aire, el agua, el sol y la sombra, mientras que los pobres no poseen otro pedazo de patria que un miserable hoyo al expirar.

Algunos bacines de la prensa conservadora trataron de antipatriótica tal exigencia; otros ídem de la prensa liberal sagastina dieron cien vueltas al asunto, temiendo hacerse impopular, si se declaraban en contra, y perder suscripciones y amigos si la defendían, quedando el tiempo encargado de echar tierra en la memoria del pueblo, y éste sin acordarse ya de sus hijos muertos ni considerar que mañana pueden seguir idéntico camino los que le restan vivos.

¡Delicioso país! País en el que, apesar de la rapsodia legislativa tomada de otros pueblos, y de la rapsodia política y literaria que pretenden hacerle civilizado, aún impera el feudalismo en la política y la ley de castas en la vida práctica.

Nada refleja tanto nuestra abyección como la recluta militar. Dícese que es un honor meritorio servir a la patria con las armas en la mano, y muchos de los que así hablan rehusan tal honor a cambio de un puñado de dinero; otros buscan en el soborno de médicos y de autoridades poco escrupulosas la exención de sus pimpollos, y la «Corte de los Milagros» de Victor Hugo quedase tamañita ante la fabricación de cojos, mancos, ciegos, quebrados, físicos y tullidos ricos que se lleva a efecto en las diputaciones provinciales.

Los aristócratas, hijos de aquellos que ensancharon los horizontes de la patria poniendo sus lanzas y derramando su sangre en las fronteras rotas, creen denigrarse vistiendo los guerreros arreos, ó imitar al Cid limpiando sus corceles de batalla, y visten el frac ridículo, lu-

ciendo en los rigedones palaciegos sus canijos cuerpos con movimientos de tít. Las clases directoras, egoístas, afeminadas y cobardes, dejan a los pobres ignorantes el cuidado de defender la patria, dedicándose ellas a comerse la patria por los cuatro costados, a deshonrarla con su conducta y a poner el legendario valor español en la picota universal para que todas las naciones vean en lo que ha venido a parar un pueblo de héroes.

La carroña vaticanista, propagando una mogigatería ridícula, ha castrado nuestro espíritu ibérico, ha hecho degenerar a los de arriba y embrutecido a los de abajo, a fin de que las legiones castellanas no vuelvan a tomar por asalto los muros de Roma y a prender a los pontífices ó a comunicales de dura manera que se ciñan a su misión de paz y de amor.

En cambio, en las naciones protestantes ó librepensadoras, como Alemania y Francia, los ricos están obligados a servir a la patria lo mismo que los pobres; y en donde el servicio militar es voluntario como en Inglaterra y los Estados Unidos, hijos de millonarios han tomado las armas y han formado legiones é ido a combatir por lo que ellos han creído justo ó patriótico.

¿Se dan aquí esos casos?

Aquí, si los hijos de los ricos luchan alguna vez, es en los comicios, disparando pesetas en vez de balas, para comprar votos, embriagar salvajes y adquirir un acta de diputado, más por vanidad que por convicción, tal vez por adquirir negocios; y así, de esta suerte, contribuyen al envilecimiento del país, a la completa perversion de los sentimientos.

Mas como esto no puede continuar así, como la injusticia no debe consentirse por los padres pobres, es preciso que de nuevo se unan, se agiten y exijan de imperiosa manera que se cumpla en todas sus partes el artículo 3.º de la Constitución, y que el gobierno, sea cual fuere, prohíba terminantemente la redención a metálico y castigue severamente los chanchullos que se suelen cometer en ayuntamientos y diputaciones provinciales.

Urge también que la prensa democrática no cese de exigir el servicio militar obligatorio; que los diputados republicanos hagan oír su voz en las Cortes sobre el mismo asunto; que se haga atmósfera; que cese el irritante privilegio de los ricos y que la ley sea igual para todos.

I. RODRIGUEZ ABARRÁTEGUI.

Todo está igual

Salisbury podría decir con verdad que el Pirineo no ha cedido una sola pulgada de su altura y que el Estrecho, lejos de ensancharse, acaso se ha angostado más.

Igual encogimiento de hombros en presencia de la incultura general y de la general miseria; los mismos maestros de escuela, de hasta veinte céntimos de jornal por día; el mismo pernicioso y embrutecedor régimen libresco y memorista de los Institutos; las mismas universidades, avaras de su saber, generadoras de tinieblas; las mismas cárceles, pudrieros de almas, donde los buenos se hacen malos y los malos peores; la misma plebe inconsciente, privándose de los brazos útiles para que los inútiles vaguen en el ocio, sueltos de la enojosa disciplina de las armas; las mismas sequías combatidas con rogativas; los mismos caminos heredados de romanos y moros, hechos impracticables por la lima roedora de los siglos; la misma juventud afluyendo suicida a las aulas, militares ó civiles, en busca del pan ganado con el sudor de la frente ajena; la corrupción administrativa corriendo a esferas donde antes no se había hecho sentir apenas; la justicia más temida por las gentes honradas que los malhechores mismos; igual falta de aptitudes y de preparación en los estadistas; los mismos ministros, Hipócrates de yeso, sordos a los clamores del país dolorido, sin un solo remedio de tantos como suelen llevarse a la *Gaceta* sin querer concurso de dinero; los mismos ciegos cambios de posturas, sucediendo los liberales a los conservadores y los conservadores a los liberales, sin más razón que la de haber ido fracasando unos tras otros y haber vuelto a fracasar; el mismo cómico trueque de papeles, reconvinendo los de la izquierda a los de la derecha, porque no hacen lo que pudieron ellos hacer y no hicieron la vispera, cuando los de la derecha estaban en la izquierda y los acosaban con la misma reconvencción, como si no fuesen los hombres, sino los bancos, quienes debaten en las Cortes.

El mismo juego pueril y la misma vana fermentación de las tarifas políticas, la misma

grosera farsa en las elecciones y la misma declarada impotencia del poder legislativo para legislar; los mismos ímproos amagos de guerra civil, como para descansar de las tres guerras anteriores y restablecer ante el mundo nuestra fama de bravos y belicosos; el mismo pretorianismo, empollando pronunciamientos dominicanos en los cuarteles; buques imaginarios devorando millones de reales, con la criminal complicidad del Parlamento, mientras en tal ó cual provincia se paga media peseta a una nodriza para amamantar tres y más recién nacidos, que van muriendo de hambre uno ó dos por día, y se tienen descalzados, vestidos de harapos y hambrientos a los asilados de beneficencia.

Las clases medias aplaudiendo enternecidas a la reina, pero sin ceder un sólo millón de su lista civil, abarrotando con sus enjambres de parásitos los ministerios, las diputaciones, el ejército, las universidades, las legaciones, los cabildos, los arsenales, el notariado, la justicia, los concejos, y negando a la nación soberana el derecho de rescatar sus rentas, prodigadas en mercedes más que enriqueñas, y de reducir sus gastos, sus servicios y sus servidores, en la proporción en que se han reducido su territorio, su población, sus recursos, el tamaño y las responsabilidades de su bandera; el mismo cobarde secuestro de la libertad y del derecho en lugares, distritos y provincias por la chusma de enemigos públicos, vividores sin honor, echados a señores feudales, carne madura para un 93; la misma sombra indiferencia en la masa hacia una patria que, al cabo de noventa años de sacrificios cruentísimos, vuelve al punto de partida para reclamárselos mayores, sin ofrecerle en compensación satisfacciones, libertad, riquezas adelantadas, protección, nada de eso que procuran a sus nacionales las sociedades civilizadas.

La misma creciente exaltación en los pesimistas anticongratulativos, persuadidos ya de que la causa inmediata de la parálisis nacional está en no haber hecho con nuestros gobernantes lo que los franceses hicieron con los suyos en 1870, y que la causa de no haber llegado en España a un 1870 está en no haber pasado antes por un 1793; la misma Europa, mirándonos con humillantes lástimas, como a una pequeña China occidental, incapaz ya de redención, y esperando tranquila, como quien está fuera del resultado, la primera ocasión, que no hemos de tardar nosotros mismos en darle, para reanudar la obra empezada en el tratado hispano yankee de París.

JOAQUIN COSTA.

De actualidad

En la isla de San Mauricio, en 24 horas, ha habido 27 bubónicos, falleciendo 21.

Los telegramas transmitidos al *Correo Español* sobre el estado de D. Jaime, dicen que es satisfactorio.

Gullón conferenció con Sagasta, insistiendo en su dimisión, por la tendencia del proyecto fiduciario, aunque elogiándolo.

Dicen de Londres que es inminente la insurrección de la India. Rusia ha concentrado tropas en la frontera.

Inglaterra hará una demostración militar.

En Barcelona, en la Ronda de San Antonio, una mujer arrojó a una criatura, hija suya, bajo las ruedas de un vehículo, saliendo ileso. El público pretendió lincharla; fué apresada.

Los metalurgistas de Barcelona están faltos de recursos.

Los particulares les socorren.

Las huelgas igual: la de lampisteros, en vías de arreglo.

Los panaderos, en un mún, acordaron el descanso dominical, que regirá desde el próximo domingo. Recolectaron fondos para socorrer a los metalurgistas.

Dicen de Roma que el coronel Richardi, esposo de la nieta de Kruger, marchará en breve al Sur de Africa, para mandar un cuerpo de ejército.

Dicen de Londres que a consecuencia de la guerra ha aumentado la deuda nacional en mil millones de pesetas.

Las bajas de los ingleses durante toda la campaña han sido 112,046.

En el juzgado de guardia de Madrid presentose renuncia contra un individuo que martirizaba a su esposa golpeándola bárbaramente y dejándola en su balcón desnuda.

La víctima está lesionada en la cara, cuello y pecho.

El marido niegase: ha sido preso.

El Consejo del Banco celebró reunión extraordinaria que presidió Fariñas. Ignóranse los resultados.

El Banco de Inglaterra ha bajado el descuento a 3 1/4 por 100.

Urzaiz califica de infundados los recelos que despierta la autorización que señala el artículo séptimo del proyecto fiduciario, relativa al empréstito.

Señala precedentes del 681, el 99 y 96 y dice que solo se aplicará a consolidar deuda.

Las embajadas en el Quirinal y el Vaticano iban a celebrar recepciones con motivo del santo del rey, pero han sido aplazadas por el luto de la corte.

Mazo dió un banquete al personal de la embajada.

Pidal dió otro Rampolla, el conde de Pecci y aristocracia romana.

Los estudiantes de París realizaron manifestación contra los gendarmes que intervinieron en las colisiones últimas.

Varios choques: heridos y contusos.

El *Correo* considera razonable que se admitan transacciones y aclaraciones en el proyecto fiduciario.

Protesta de que éste inspirado por espíritu de hostilidad al Banco.

Espera que haya un debate luminoso y concienzudo que convenga a todos.

Funesto sería no discutir, pues quedaría subsistente el *statu quo* ruinoso.

Además, la opinión sana caería en el abatimiento, apartándose de los partidos.

Kruger ha declarado que los boers aceptarían una intervención que pueda abreviar el terminar la guerra, pero jamás aceptarán la paz sin la base de independencia.

Los estudiantes de Madrid organizan una federación escolar española y publicarán un periódico.

Indicase a Sánchez Toca y Comillas, para vocales de la Junta de la nueva Escuadra.

Urzaiz ha recibido telegramas de felicitación de Barcelona del Casino Mercantil, fabricantes de harinas y comerciantes.

El *Heraldo* publica extensa conferencia con Navarro Reverter.

Este considera inoportuno y perjudicial el proyecto fiduciario y lo combatirá en el Congreso. Demostrará su ineficacia.

En Viena casóse la archiduquesa Isabel y el príncipe Oto.

En Béjar se ha agrabado la huelga de los bataneros.

Los fabricantes acordaron el cierre general. Los huelguistas muéstranse indignados. Concentrada la benemérita.

Motín en La Línea

En el *Diario de Cádiz* encontramos las siguientes noticias de esta nueva alteración del orden público:

«Del oficial de la Guardia civil al Gobernador:

«Alterado el orden público. Dos mil personas apedrearón la Aduana y fuerza.

Los alborotadores hicieron disparos sin ocasionar desgracias.

Un guardia sufrió una pedrada en la ingle. Adopto enérgicas medidas. Empieza a restablecerse la tranquilidad.»

Del Alcalde al Gobernador:

«A las seis y media se produjo en la Aduana un fuerte escándalo, motivado por incidente del registro.

Me personé enseguida, dictando disposiciones para aplacar los ánimos.

Diversos grupos de hombres y mujeres han apedreado el edificio del cuartel de Carabineros y varias casas de la esplanada, rompiendo cristales.

La Guardia civil hizo algunos disparos al aire, que dieron por resultado el despejo del público, que abandonó la esplanada.

Un guardia resultó contuso de una pedrada. Fué curado un obrero de una herida en la casa de socorro.

Hay varios contusos.

Quedan algunos grupos en la calle Real y en la del Cavet, a la hora en que telegrafio: los despeja la Guardia civil.»

Acerca de los sucesos que dan cuenta los anteriores telegramas oficiales, conferenciaron anoche, de once a doce, el gobernador Sr. La Guardia y el teniente coronel jefe de la benemérita.

Se pensó en que marchara éste a La Línea, pero ha desistido del viaje, porque el llamado a entender en las cuestiones de orden público,